

coltaban á los mercaderes que iban á la feria de Saint-Benoit, «tan divididos estaban los reformados.» Por esto alcanzaban muy pocas ventajas y la fatiga del partido manifestábase más patente aún que en 1577. Después de la hazaña de Cahors, el rey de Navarra se vió obligado á permanecer en la defensiva. El mariscal de Birón, que había recibido el título de lugarteniente del rey en Guiena, hacía contra él una guerra enérgica y hasta fué á atacar súbitamente la ciudad de Nerac, en donde Margarita tenía su corte y se creía como mujer y como reina inviolable; un cañonazo llegó «á media brazza de la muralla, á los pies de aquella reina.» El gobernador del Langüedoc, Damville, aliado equívoco de la corte, no se decidió á obrar hasta que la rebelión se extendió por toda la provincia; en cambio Mayenne, enviado contra Lesdiguières, combatía rudamente á los protestantes del Delfinado, tomándoles y desmantelando la Mure, que era su principal plaza de armas (6 de noviembre de 1580).

En el Norte, el rey se había decidido á enviar un ejército contra La Fere; pero Condé no se dejó encerrar en ella y partió para Alemania (22 de mayo de 1580) á fin de reclutar allí un ejército. La Fere, sitiada á fin de julio por el mariscal de Matignón, capituló el 12 de septiembre.

Los protestantes y los católicos estaban cansados de esta guerra sin finalidad alguna, y el duque de Anjou, que quería asegurarse el apoyo de ambos partidos para la empresa que meditaba acometer en los Países Bajos, ofreció su mediación que aceptaron el rey y la reina madre. Era la primera vez que Catalina se privaba del gusto de dirigir una gran negociación, pero le interesaba contentar á su hijo menor á fin de restablecer la buena inteligencia entre la familia real. El duque de Anjou fué al Mediodía y pactó con el rey de Navarra el tratado de Fleix (26 de noviembre de 1580) que confirmaba el convenio de Nerac y dejaba á los reformados, durante seis años más, sus plazas de seguridad. Condé, de regreso en el Langüedoc, declaróse contrario á aquel acuerdo, porque había prometido al conde palatino, al famoso Juan Casimiro, Aigues-Mortes y el fuerte del Peccais como arras de una nueva invasión, y hubiese querido que pagase la Francia protestante; pero Turena, enviado por el rey de Navarra, hizo que la paz fuese admitida.

### III.—Los Países Bajos y Portugal

Dos años antes (1578), el duque de Anjou había realizado una nueva tentativa contra los Países Bajos, reproduciendo por su cuenta los proyectos de Coligny é invocando las mismas razones que éste, á saber: el deber de socorrer á los oprimidos, la necesidad de emplear en el exterior el exceso de fuerzas de la nación, y los antiguos derechos de Francia sobre Flandes. Pero en el fondo, su principal móvil era la ambición de representar un papel, y á fin de salir de su condición de súbdito corría de aventura en aventura. Jefe de los descontentos, aliado de los hugonotes, candidato á la mano de la reina de Inglaterra, soñaba con conquistar en Flandes un Estado que le habría elevado á la categoría de los soberanos.

Los duques de Borgoña y Carlos V su heredero ha-

bían adquirido por matrimonio, por herencia, por compra y por conquista, entre Francia, el Mar del Norte y Alemania, varios marquesados, ducados, condados, obispados y ciudades: alrededor del Zuyderzée, Holanda, la Güeldres, el obispado de Utrecht, el Overysse, la Frisia y Groninga; en las bocas del Mosa y del Escalda, la Zelandia; en el valle del Escalda y del Mosa, la Flandes, el Brabante, el Artois, Malinas, el Hainaut, Tournai y el Tournesís y Namur, y más al Este, separados del grupo compacto de las demás adquisiciones, el Limburgo y el Luxemburgo.

Esta diez y siete provincias sólo tuvieron de común, en un principio, su príncipe, pues cada una tenía sus Estados particulares, su derecho consuetudinario y sus privilegios, y todas dependían feudalmente de Francia ó de Alemania. Durante siete siglos, desde el tratado de Verdún (843), el Artois, la Flandes y Tournai fueron vasallas de la corona de Francia; los demás países formaban parte, á lo menos nominalmente, del Sacro imperio romano-germánico. En el Hainaut, en el Artois, en Namur y hasta en las puertas de Bruselas, el pueblo hablaba un dialecto francés, el walón; en todas las demás provincias se hablaban diversos dialectos germánicos. En el Sur, las relaciones con Francia y los cambios de toda clase habíanse multiplicado en tiempo de los príncipes borgoñones, y la corte de Bruselas era francesa; en el Oeste y en el Norte, la vía del Rhin favorecía las comunicaciones y las relaciones con Alemania.

Aun había otros contrastes: la población era terrestre en el Sur y marítima en el Norte; en ciertas regiones dominaba la nobleza, pobre en el Nordeste y rica y suntuosa en el Mediodía; en otras dominaban las municipalidades. Los elementos del orden social, es decir, clero, nobleza y ciudades, eran las mismas en todas partes, aunque combinadas de diverso modo.

Con tan diferentes países, Carlos V había conseguido formar un Estado; por el tratado de Cambrai (1529) había logrado que Francia renunciara á su secular soberanía feudal sobre el Artois, la Flandes y Tournai, y para asegurar el porvenir contra cualquiera reivindicación, había robustecido la unión con Alemania y hecho entrar, con el nombre de «Círculo de Borgoña», las diez y siete provincias, junto con el Franco Condado, en la organización administrativa y militar del Imperio.

Sus predecesores habían convocado á algunos diputados de cada provincia, á fin de pedirles ayuda y consejo; de este modo se constituyeron por encima de los Estados particulares Estados generales, especie de Parlamento federal, á los cuales Carlos V convocó regularmente y dió importancia y vida. Además instituyó en Bruselas (1531) los tres *Consejos colaterales*, consejos de Estado, privado y de hacienda, y en la Pragmática sanción de Bruselas (1549) declaró el nuevo Estado indivisible é inalienable.

Pero esta creación facticia fué comprometida por las faltas de Felipe II. A todas las demás causas de división habíanse añadido las divisiones religiosas, pues si bien Carlos V había rechazado el luteranismo, el calvinismo, más revolucionario, había introducido por la frontera francesa y propagado por todas partes. Felipe, queriendo destruir la herejía y violar los privilegios, fué causa de la sublevación de los Países Bajos, y el

duque de Alba y su sucesor, D. Luis de Requeséns, conservaron ó sometieron las provincias del Sur, pero fracasaron contra las del Norte.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania, los gobiernos ó los partidos seguían atentamente esta lucha que tenía ocupadas á las tropas de España, arruinaba su hacienda é interesaba al porvenir de las dos Iglesias. Después de la muerte de Requeséns (5 de marzo de 1576), el ejército español, al que Felipe II no pagaba sus soldadas, dedicóse al saqueo; entonces los Países Bajos en masa se coligaron contra aquella soldadesca, y el Consejo de Estado, que en espera del sucesor de Requeséns ejercía la regencia, fué disuelto por un motín. Los diputados de las provincias católicas se reunieron en Bruselas en Estados generales y entraron en tratos con el príncipe de Orange y con las provincias de Holanda y de Zelandia, y protestantes y católicos unidos pidieron la retirada de las tropas españolas, la conservación de los privilegios del país y la paz religiosa (Pacificación de Gante, 8 de noviembre de 1576). El príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, que hasta entonces había tenido que concretarse á defender, sin gran éxito, las provincias calvinistas del Norte, apareció como jefe de un gran partido nacional.

El vencedor de Lepanto, don Juan de Austria, sucesor de Requeséns, vióse obligado, para que los Estados generales le reconocieran, á ratificar la pacificación de Gante; pero no logró hacerse obedecer y sólo permaneció en Bruselas seis semanas, siendo objeto de muy estrecha vigilancia (1.º de mayo á 11 de junio de 1577). Por ambas partes la desconfianza era grande: los Estados temían que don Juan atentara contra sus libertades; y el de Austria, á su vez, acusaba á aquéllos y al príncipe de Orange de que le reducían á la impotencia, y aun de que querían deshacerse de él. Para poder hablar como amo, don Juan se apoderó de la ciudadela de Namur: este hecho equivalía á una ruptura; el príncipe de Orange fué á Bruselas (23 de septiembre de 1577) y el de Austria ordenó á las tropas españolas, que habían retrocedido hasta el Luxemburgo, que regresaran á los Países Bajos.

Los Estados generales buscaban aliados en todas partes. El príncipe de Orange, que conocía la parsimonia de Isabel, inclinábase á Francia y contaba con los hugonotes y los descontentos; y el duque de Anjou había enviado á su hermana la reina de Navarra á informarse, con pretexto de un viaje á Spa, de las disposiciones de los jefes de la nobleza. En Cambrai, en Mons y en Valenciennes, Margarita encontró los ánimos dispuestos á aceptar la protección de Francia, pero la mayoría de la nobleza católica, que quería asegurar las libertades del país sin romper con Felipe II y detestaba al príncipe de Orange y la democracia calvinista, llamó al archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo II y sobrino del rey de España. Las grandes ciudades, Bruselas y Gante, se agitaron, y los Estados que divididos entre ambos partidos habían nombrado gobernador de Flandes al duque de Arschot, uno de los jefes de la aristocracia, nombraron, como compensación, gobernador del Brabante al duque de Orange. El pueblo de Gante puso preso al duque de Arschot, pero el príncipe de Orange lo libertó y se hizo nombrar lugarteniente general del archiduque Matías.

Don Juan, á quien se habían juntado, en el entretanto, los regimientos españoles y algunos miles de hombres que le habían enviado los Guisa, marchó contra el ejército de los Estados y lo dispersó (Gembloux, 31 de enero de 1578). Los Estados enviaron á la dieta de Worms á Marnix de Sainte-Aldegonde, libelista, hombre de Estado, consejero y amigo de Guillermo de Orange, para reclamar la intervención del Imperio. El duque de Anjou les ofreció sus servicios, y á pesar de la oposición de Enrique III y de los consejos de Catalina, pasó la frontera con un ejército y se estableció en Mons (julio de 1578). Isabel, que temía más la conquista francesa que el restablecimiento de la dominación española, tomó á sueldo, para defender los intereses de Inglaterra, al famoso Juan Casimiro, al condottiero del protestantismo, el cual llegó, en julio de 1578, á Zutphen con sus partidas alemanas. Los enemigos del gobierno español eran tan numerosos que mutuamente se aniquilaban. Casimiro abandonó la empresa por falta de dinero; el duque de Anjou regresó á Francia sin haber hecho otra cosa que apoderarse de Binche y de otras dos pequeñas poblaciones; y el archiduque Matías mereció por su docilidad el sobrenombre de escribano del príncipe de Orange.

Don Juan había fallecido el 1.º de octubre (1578). Su sucesor, Alejandro Farnesio, duque de Parma, era tan diplomático como capitán y se aprovechó de las divisiones existentes entre los pueblos de los Países Bajos. La inteligencia entre los católicos y los protestantes no había durado; el Artois y el Hainaut proscibían el culto calvinista y en cambio los protestantes perseguían al clero y saqueaban las iglesias de Angers, Malinas, Gante, etc., y en vano intervino el príncipe de Orange para calmar las pasiones. El acuerdo de las diez y siete provincias quedó roto: los católicos del Artois, del Hainaut y de las ciudades walonas de Flandes formaron la Unión de Arrás (6 de enero de 1579); los protestantes de Güeldres, Holanda, Zelandia, Utrecht 1579 y Groninga y las ciudades calvinistas de Flandes se unieron en Utrecht (23 de enero de 1579), datando de entonces la escisión definitiva de los Países Bajos.

Farnesio entabló negociaciones con la Unión de Arrás, consintiendo en hacer partir á los soldados españoles y en dejar á las tropas indígenas la defensa del país y la custodia de las plazas fuertes; Felipe II aceptó estas condiciones y en 17 de mayo de 1579 firmó el tratado de reconciliación con las provincias católicas.

El duque de Parma, apoyado en éstas, hizo volver á la obediencia ó sometió á Malinas, Maestricht, Bois-le-Duc, las provincias de Groninga y de Drenthe y una parte del Overysse, y amenazaba á Holanda y Zelandia, cuando el príncipe de Orange llamó nuevamente al duque de Anjou.

La ocasión era favorable, pues Felipe II hallábase preocupado por otros cuidados. El rey de Portugal, don Sebastián, educado por los jesuitas en las ideas de la Cruzada, había ido á hacerse matar en Marruecos, en Alcázar-Kebir (4 de agosto de 1578), y á su sucesor, el viejo cardenal Enrique, no le quedaba mucho tiempo de vida. Muerto éste, ¿quién gobernaría? Numerosos eran los pretendientes: los portugueses habrían dado la preferencia á Antonio, prior de Crato, sobrino bastardo del cardenal, ó á Catalina de Braganza, su

sobrina legítima; pero Felipe II era el heredero más inmediato y su interés era todavía más claro que su derecho. La anexión de Portugal completaría la unidad política de la península, agregaría á las Indias occidentales las Indias orientales, á la América española las colonias portuguesas de Africa, América y Asia, á los países productores del oro y de la plata las islas de las especias, y sometería todo el Océano á un solo imperio. Para atraerse la opinión portuguesa, Felipe rescataba á los compañeros de Sebastián, cautivos de los moros; hacía exponer sus derechos por jurisperitos de ambas naciones, distribuía dinero entre la nobleza y trabajaba para convencer al cardenal-rey. Pero al mismo tiempo que negociaba, acumulaba en la frontera sus viejos regimientos de Italia, y pronto á obrar, no pensaba en otra cosa, sin que las provocaciones de Francia y de Inglaterra le distrajeran de tan gran negocio, pues estaba resuelto á hacer caso omiso de la violación de los tratados y á sufrir toda suerte de afrontas con tal de evitar una guerra con las grandes potencias.

#### IV.—La Inglaterra protestante

Isabel de Inglaterra, que en los comienzos de su reinado profesaba un protestantismo tibio, se había declarado poco á poco contra el catolicismo; la acusación de bastardía que los católicos lanzaban contra ella, las pretensiones de María Estuardo al trono inglés, la bula de deposición del papa Pío V (25 de febrero de 1570) dictada después del encarcelamiento de María, y por último las sediciones y los complots, la habían llevado desde la indiferencia hasta la persecución. Su interés la obligaba á fomentar los disturbios en los Estados católicos á fin de que éstos no sintiesen tentaciones de atacarla en su propio país. Los miembros más influyentes del Consejo privado, lord Burghley y Walsingham, habrían querido que se pusiera resueltamente al lado de la causa del protestantismo europeo; pero Isabel era poco amante de la guerra, de los gastos y de las abnegaciones improductivas y otorgaba con parsimonia sus socorros en la medida precisa para sostener una rebelión y mantener á un partido en la incertidumbre.

Su pueblo, entusiasta partidario de la Reforma, era inconscientemente tan poco desinteresado como ella; lamentaba profundamente los sufrimientos de los refugiados flamencos y se indignaba de que la Inquisición española quemase á comerciantes ingleses; pero no le inspiraban menos odio los españoles como propietarios de inmensas colonias y como defensores intratables del más exclusivo monopolio mercantil. En una época en que tomaba vuelo la marina inglesa, los traficantes y los navegantes se indignaban al ver que les cerraba los países de la riqueza un pueblo cuya religión era considerada por todo buen súbdito británico como una degradante idolatría.

Isabel y los ingleses, dejando á un lado todo escúpulo, hostigaban á Felipe II. Ya en 1564, John Hawkins, comanditado por la reina, había acometido la empresa de ir á vender negros en las Antillas á pesar de todas las prohibiciones; en 1568, Isabel había mandado apresarse los buques que llevaban al duque de Alba

las pagas de sus tropas; y en 1571 expulsó al embajador de España, don Guarán de Espés, por sospechas de complicidad con el duque de Norfolk y otros conspiradores católicos. Numerosos piratas ingleses, hugonotes y flamencos salían de los puertos ingleses para perseguir á los buques españoles; y en noviembre de 1577, sir Francisco Drake, que había salido de Plymouth para una expedición en la que la reina tenía su parte de beneficios, había pasado el estrecho de Magallanes, saqueado las costas del Perú y de Chile y apresado los galeones cargados de oro y de plata. Isabel proporcionaba subsidios al príncipe de Orange, dejaba que de su reino salieran voluntarios para los Países Bajos, entró en tratos con los Estados generales, cuando la ruptura de éstos con don Juan (7 de enero de 1578), y les pidió que, en garantía de un socorro de hombres y de dinero, le entregaran Flessingue, Middelburgo, Brujas y Gravelinas.

Aun antes de la muerte del rey de Portugal, Felipe II, embarazado por sus luchas contra los moriscos, los berberiscos y los rebeldes de los Países Bajos, no había hecho caso de las provocaciones, y en marzo de 1578 reanudó las relaciones diplomáticas con Inglaterra y envió á Londres á don Bernardino de Mendoza. Más paciente aún se mostró cuando se planteó el litigio de la sucesión portuguesa; así, al tener noticia de las depredaciones de Drake, encargó al embajador que con firmeza, pero amistosamente, llamara la atención de la reina sobre la enormidad del hecho. Su resignación producía escándalo; los católicos de todas partes se dirigían á él como á su jefe, y él declinaba sus deberes; los fanáticos le acusaban de tibieza y de incapacidad y hasta corrieron rumores de que por momentos perdía el juicio.

En el entretanto, la reina de Inglaterra tenía motivos serios de inquietud: en esta segunda mitad del siglo XVI, el catolicismo volvía á tomar la ofensiva, incluso en Alemania, y la obra de la Contrarreforma hacía grandes progresos. Después de un emperador tolerante, Maximiliano II, el Imperio había pasado recientemente á manos de su hijo, Rodolfo II, educado en España en las ideas de intolerancia (1576); y los luteranos y calvinistas alemanes se destrozaban mutuamente, menos preocupados de su causa común que del monopolio de su iglesia.

También en Escocia se habían dividido los luteranos, que desde la muerte de María Estuardo eran omnipotentes: Morton, regente durante la menor edad de Jacobo VI Estuardo y luego jefe del gobierno, había descontentado á los presbiterianos, conservando, por complacer á Isabel, la jerarquía episcopal. Un antiguo alumno de los jesuitas, Esmé Estuardo, conde de Aubigny, á quien el papa y los Guisa habían enviado á Escocia (1579), alcanzó tanto ascendiente sobre el joven rey que llegó á conseguir de él que mandara prender (enero de 1581) y ejecutar á Morton, con lo que el partido inglés quedó por un momento aniquilado.

Como en aquel entonces Inglaterra era el único Estado de Occidente en donde el protestantismo continuaba siendo fuerte y activo, el papa Gregorio XIII (1572-1585) resolvió atacar la herejía en su refugio y en su ciudadela, y después de haber alentado á don Juan de Austria para que saliese de los Países Bajos y fuese

á libertar á María Estuardo y á destronar á Isabel, se concertó con los Guisa y aun trató de arrastrar á Felipe II. Y no contento con esto, quiso obrar con sus propios recursos, enviando á Irlanda algunos refugiados ingleses y veinticinco ó treinta italianos y españoles, que desembarcaron el 17 de julio de 1579 en la costa de Kerry y llamaron á los irlandeses á las armas.

La orden de los Jesuitas aparecía asociada á todos estos planes: dirigía el Colegio romano fundado por Gregorio XIII, en donde se educaban jóvenes ingleses que juraban ordenarse é ir á predicar en todas partes, aunque fuese en la Gran Bretaña; y estaba en íntimas relaciones con los colegios de Douai y de Reims, fundados por un católico inglés, el Dr. Allen, con objeto de recibir en ellos á sus compatriotas y proporcionar sacerdotes á la Iglesia perseguida en Inglaterra. En aquellos colegios, muchos jóvenes se preparaban para el apostolado y el martirio y se organizaban las obras de propaganda religiosa y política. El Dr. Allen fué á Roma para ponerse de acuerdo con Gregorio XIII; Campian y Parsons, gloria en otro tiempo de la Universidad de Oxford, fueron elegidos para ir, en unión de otros siete Jesuitas, á la conquista de Inglaterra (1579) (1).

Cuando con tanto entusiasmo se alistaban los católicos, ¿podría Felipe II excusarse de ayudarles? El arreglo de la sucesión portuguesa le entretendría aun algún tiempo; pero ¿y después?, ¿resistiría la tentación de asegurar el triunfo del catolicismo y de España? Las cortes de Francia y de Inglaterra comenzaban á temer esta transición de la defensiva á la ofensiva, y cada una á su manera tomaba sus precauciones.

#### V.—El duque de Anjou en los Países Bajos

Un capricho de Isabel ó un cálculo de la política inglesa, ó acaso ambas cosas á la vez, pusieron nuevamente sobre el tapete el proyecto de matrimonio de la reina con el duque de Anjou, pudiendo ahora creerse que la eterna novia no retiraría su palabra. El duque fué á visitarla á Greenwich y ella le trató como á futuro marido, prescindiendo de toda etiqueta; tanto le complacía ver y oír «á su pequeño italiano, á su ranita» (agosto-septiembre de 1579).

En aquel momento, el duque de Anjou estaba á punto de ser príncipe soberano; en efecto, por virtud de un convenio firmado en 25 de octubre de 1579, el señor de Inchy, gobernador de Cambrai, le entregaba esta ciudad que nominalmente dependía del Sacro Imperio romano-germánico y en realidad del rey de España. El príncipe de Orange trabajaba para él y aun le favorecían más los triunfos del duque de Parma; y los diputados de los Estados generales fueron á Tours para ofrecerle la soberanía de los Países Bajos.

El ofrecimiento estaba subordinado á la cooperación armada del rey de Francia. Hasta entonces Enrique III y su madre se habían mostrado fríos, luchando entre el placer de crear dificultades á España y el temor de provocar á esta nación; pero necesitaban del duque de Anjou para negociar con los protestantes del Mediodía y sabían que podían contar con la paciencia de Felipe II

mientras le hiciesen sólo una guerra encubierta. Las condiciones impuestas por los embajadores no constituían un obstáculo para Enrique III, quien al mismo tiempo que prometía por escrito á su hermano ayudarle «hasta con su camisa,» le hacía jurar que únicamente enseñaría aquella carta á los diputados y que no se prevendría nunca contra él de este compromiso. El tratado firmado entre los Estados y el duque de Anjou en Plessis-les-Tours (19 de septiembre de 1580) decía simplemente que el nuevo soberano de los Países Bajos se aseguraría la alianza y el apoyo del rey de Francia. El duque, que se creía seguro de este apoyo y de esta alianza, había partido inmediatamente para el Mediodía y restablecido allí la paz (tratado de Fleix, 26 de noviembre de 1580); y aquel mismo día Enrique III firmaba en Blois el compromiso (secreto) de ayudar á su hermano con todas sus fuerzas. Bien es verdad que se reservaba el derecho de no intervenir sino en el momento en que el duque de Anjou fuese «efectivamente recibido y admitido en el principado y señorío» de los Países Bajos y en que Dios le hubiese hecho á él mismo la merced de restablecer la paz en su reino.

Mas cuando ya no necesitó á su hermano, acometieron de nuevo al rey sus vacilaciones. Catalina instaba al duque de Anjou para que ante todo se casase con la reina de Inglaterra, con lo que sería «el príncipe más grande, después del rey, su hermano,» de toda la cristiandad, y le sería fácil, con la ayuda de Inglaterra y de Francia, llevar á feliz cima aquella empresa y hasta hacerse elegir rey de los romanos.

El duque de Anjou consideraba más hábil emprender á la vez las dos conquistas. El matrimonio parecía cosa hecha, y el duque hizo que sus tropas entraran en los Países Bajos; y en un manifiesto que dirigió al Parlamento de París justificaba su agresión por las intrigas que Felipe II tramaba en todas partes á fin de hacerse el monarca del mundo. Las bandas francesas, reclutadas á son de tamboril entre los soldados de las guerras francesas, cometieron terribles depredaciones en las provincias que atravesaban: Borgoña, Champaña y Picardía padecieron con ellas tanto como con una invasión de raitres. Y ya Enrique III, alarmado por las reclamaciones del gobierno español, escribía á los gobernadores que disolvieran todas las reclutas, incluso las de su hermano. «Apelad á la ayuda de la nobleza, del pueblo, del toque de rebato; os conjuro á ello y os lo mando» (22 de mayo de 1581).

Catalina había hecho cuanto había podido para contentar al duque de Anjou; pero cuando le vió bien resuelto, decidióse á apoyarle secretamente, y Enrique III se encontró nuevamente metido en aquella política que consistía en hacer la guerra á España, colmándola al mismo tiempo de protestas de amistad inalterable. Y aun entonces el gobierno francés debía comprometerse lo bastante para tener el derecho de poner un precio á su retirada.

Los asuntos de Portugal, unidos á los de los Países Bajos, autorizaban este cálculo. El cardenal Enrique, que había invertido sus dos años de reinado (1578-1580) en estudiar los derechos de los pretendientes á su sucesión, habíase al fin decidido por Felipe II. Catalina de Médicis había presentado su propia candidatura como heredera de Matilde de Boloña, esposa repudiada de

(1) Green, *Histoire du couple anglais*, I, pág. 460.

Alfonso III de Portugal (fallecida en 1279); pero la hija de los Médicis, aunque gustaba de hacer alarde de sus parentescos regios, no se hacía ninguna ilusión sobre el éxito de sus gestiones y para ella la reivindicación de la herencia portuguesa no era sino un medio más para arrancar una concesión al rey de España. Cuando Felipe hubo sometido Portugal y se hubo hecho reconocer por las Cortes portuguesas, Catalina recogió á don Antonio y abrazó el partido de este infortunado pretendiente. Algunos embajadores se figuraron que quería hacerse ceder, á cambio de su apoyo, el archipiélago de las Azores y las posesiones portuguesas de la Guinea y del Brasil; pero sus cálculos eran muy distintos. Comprendiendo que no había que contar con la mano de Isabel, había formado el proyecto de casar á su hijo en España, y para atraer á Felipe II á sus propósitos, conveniale mantener la agitación en los Países Bajos y molestar á los españoles en su nueva conquista del Portugal. Su intención era terminar todas las contiendas con una boda, como en las comedias, y hacer dar al duque de Anjou, como dote, las ciudades de los Países Bajos que éste hubiese conquistado, y aun todos los Países Bajos. La política exterior de esta madre de familia está llena de combinaciones matrimoniales.

Por esto hizo firmar al duque de Anjou, en 1581, una declaración por la cual se obligaba, en el caso de que su madre consiguiese lo que se proponía, «á desistir por completo de sus empresas» y á restituir sus conquistas. El embajador de Francia en Madrid recibió orden de proponer el casamiento del duque con una infanta (carta de 23 de septiembre de 1581).

Enrique III, sin dejar de desautorizar la agresión, encargaba al señor de Puigallard, que mandaba las tropas reales, que se situara al lado del ejército de su hermano é impidiera que éste fuese atacado con ventaja por los españoles. El duque, bajo la protección de este lugarteniente del rey, envió á Cambrai las tropas que el monarca le había prohibido concentrar y que él había abandonado á las acometidas de las poblaciones.

El plan de Catalina, de haber sido seguido con perseverancia, tenía algunas probabilidades de prosperar. En la correspondencia de Felipe II con el cardenal Granvela se ve que el rey de España no rechazaba la idea de un arreglo; pero la consecuencia era la cualidad de que más faltos estaban los Valois. Enrique III gastó en las bodas de Joyeuse 1,200.000 escudos que hubieran podido servir de mucho en Flandes. El duque, obligado á retirarse á Le Catelet (septiembre), creyó ser más afortunado en Inglaterra y fué á juntarse con Isabel, la cual, ruborizándose como una joven virgen, le dió el anillo nupcial (22 de noviembre de 1581); pero como el amor iba en ella complicado siempre con cálculos políticos, quería que antes de la boda Enrique III pactara con ella una alianza ofensiva. Sin embargo, el rey de Francia, que no tenía ganas de reñir gratuitamente con España, aplazó la alianza para después de la boda, y á su vez Isabel aplazó los desposorios.

En Belle-Isle se había formado una flota, á las órdenes de Strozzi, que hizo rumbo á las Azores á fin de quitarlas nuevamente á los españoles que acababan de desembarcar en ellas. El marqués de Santa Cruz, uno de los grandes marinos de la época, acudió presuroso con la escuadra española. Aunque sus fuerzas eran muy

inferiores, Strozzi no quería huir y atacó, pero fué hecho prisionero y arrojado al mar por orden de Santa Cruz; de sus buques, muchos huyeron sin combatir (26 de febrero de 1582). Los proyectos de la reina madre habían fracasado.

Igual fracaso sucedió en los Países Bajos. Una escuadra inglesa había desembarcado en las costas de Zelandia al novio de la reina, que el 19 de febrero de 1582 hacía su entrada en Amberes; pero las provincias del Norte, que eran protestantes, no tenían simpatía alguna á ese príncipe católico cuyos recursos eran casi nulos y que constituían más bien una carga que un apoyo para el país, y muy pronto tuvo aquél en contra suya á la misma población que le había llamado. Entonces, según parece, le aconsejaron desde Francia que se apoderase de algunas ciudades á fin de poder hablar como señor y dueño á aquellos burgueses, y á este efecto Catalina se procuró dinero y reunió diez ó doce mil hombres de infantería francesa y suiza y mil quinientos caballos, que puso á las órdenes del mariscal Biron, militar excelente. Este ejército francés acampó junto á Amberes y muchos hidalgos se alojaban en la ciudad misma. El duque de Anjou, á pretexto de pasar una revista, salió seguido de un brillante cortejo, y las puertas, abiertas para él, ya no volvieron á cerrarse, pues sus soldados pasaron el puente levadizo gritando: «¡Ciudad tomada! ¡Mata, mata!» Los militares, sin embargo, tuvieron tiempo de armarse y de tender las cadenas, y desde lo alto de las casas, las mujeres y los niños lanzaron una lluvia de proyectiles sobre los asaltantes, los cuales, al verse atacados por todos lados, emprendieron la fuga, logrando unos pocos saltar las murallas y siendo la mayoría asesinados por aquellos habitantes (17 de enero de 1583). Ataques análogos se intentaron en todas las ciudades de los Países Bajos que tenían una guarnición francesa, pero únicamente tuvieron éxito los de Dunkerque, Termonde y Dixmude.

La indignación producida por esta perfidia acabó de matar la causa francesa: la «furia de Amberes» despertó el recuerdo de la matanza de San Bartolomé y las ciudades se negaron á servir de residencia á aquel príncipe felón que hubo de retirarse á Dunkerque (abril de 1583), de licenciar á casi todo su ejército y de entregar las plazas de que se había apoderado para recobrar los prisioneros de Amberes.

A cada nuevo esfuerzo veía el duque demostrada su impotencia, viéndose reducido á retroceder de Dunkerque á Abbeville, de Abbeville á Cambrai, su primera y única conquista, y de Cambrai á Chateau-Thierry (octubre de 1583). El despecho agravó la tisis que desde hacía tiempo le minaba; moríase como Carlos IX y de la misma enfermedad, pero hasta su último momento conservó la esperanza de regresar á los Países Bajos.

La reina madre había conseguido reconciliar á los dos hermanos, y los Estados generales, acosados por los españoles, recurrían una vez más á la intervención francesa; ante la magnitud del peligro, no rechazaban ya la idea de una anexión á Francia, ofreciendo á Enrique III, si quería ayudarles, dos de sus plazas fuertes como base de operaciones, y consintiendo en que los Países Bajos quedaran unidos á la corona de Francia si el duque de Anjou moría sin hijos (25 de abril

de 1584). Mas el duque no se hallaba en estado de ir á socorrer al príncipe de Orange, y murió en 10 de junio de 1584), dejando á su hermano la ciudad de Cambrai, único premio de la política equívoca de Enrique III y compensación única de los gastos y de los esfuerzos que habían irritado á los pueblos y promovido un descontento temible. Los Valois no habían sabido ni olvidar ni conquistar aquellas provincias de los Países Bajos que recurrían á su protección; la ambición les había tentado, pero el miedo les detuvo. La muerte del duque de Anjou puso término hasta á las veleidades de engrandecimiento, y Enrique III abandonó todo proyecto de intervención.

Pero, en aquel mismo momento, Felipe II, dueño de Portugal, preparaba las represalias.

## CAPITULO IV

### MALAS COSTUMBRES Y MAL GOBIERNO (1)

I. El último Valois. — II. Reglamentos y Ordenanzas. — III. Administración financiera. — IV. Pobreza del pueblo y riqueza de los arrendatarios de contribuciones.

#### I.—El último Valois

La naturaleza había dotado á Enrique III de las cualidades más diversas y más raras: Amyot, que fué su preceptor, atestigua el ardiente deseo de aquel niño «de aprender y oír todas las cosas altas y grandes.» Tenía la pronta comprensión de Francisco I y además «la paciencia de escuchar, de leer y de escribir, cosa que no tenía su abuelo;» y poseía dos idiomas, el toscano y el francés. Corbanelli, un desterrado florentino que su madre le puso al lado como lector, era un erudito de mérito que había editado el *Corbaccio* de Boccaccio y el tratado de Dante, *De vulgari Eloquentia*, y que era capaz de enseñarle á fondo el italiano.

(1) FUENTES: *Lettres de Catherine*, II y V. *Mémoires-journaux de L'Estoile*, I y II. Guessard, *Mémoires de Marguerite*, «S. H. F.» D'Aubigné, *Histoire universelle*, V-VIII. Brantome, *passim*. D'Aubigné, *La confession de Sancy*, ed. Reaume y de Caussade, II, 1877. Du Verdier, *Prosopographie*, 1605, III. *Les diverses Oeuvres de l'illustrissime cardinal Du Perron*, 1622. Michiels, *Oeuvres de Desportes*, 1858. Tommaseo, *Relations des ambassadeurs vénitiens*, «Coll. Doc. inédits», 1838, II. *Procès-verbaux des Assemblées générales du clergé*, 1767, I. *Registres des Délibérations du Bureau de la ville de Paris*, VII, p. p. Bonnardot, 1893. Robillard de Beurepaire, *Cahiers des Etats de Normandie sous le règne de Henri III*, 1887, I. *Le secret des finances de France découvert et départi en trois livres par N. Froumentau*, 1581. Fontanon, *Les Edits et Ordonnances des rois de France*, 1611. Du Haillan, *De l'estat et succes des affaires de France*, 1609. *Code Henri III*, publicado por Charondas le Caron, 1606. (Mayer), *Des Etats généraux et autres assemblées nationales*, 1789, XV. *Archives curieuses*, X. Pedro Matthieu, *Histoire de France de François I à Louis XIII*, I, 1631. Escipión Duplex, *Histoire de Henri III, roi de France et de Pologne*, 1633.

OBRA DE CONSULTA: Fremy, *Origines de l'Académie française*. *L'Académie des derniers Valois*, 1887. Ludovico Lalanne, *Brantome, sa vie et ses écrits*, 1896. Luis Clement, *Henri Estienne et son œuvre française*, 1898. Noel Valois, *Inventaire des arrêts du Conseil d'Etat sous Henri IV*, I, 1886, introducción. Robiquet, *Paris et la Ligue*, 1886. Picot, *Etats généraux*, III, 1888. P. Richard, *Pierre d'Epinaç, archevêque de Lyon*, 1573-1599, 1901. Clamageran, *Histoire de l'imprimerie en France*, 1868, II. Pigeonneau, *Histoire du Commerce de la France*, II, 1889. Weill, *Les Etats de Bourgogne sous Henri III*. «Extrait des Mémoires de la société bourguignonne de Géographie et d'Histoire», IX.

Había nacido orador; hablaba sin afectación ni pedantismo, con soltura y facilidad; tenía una sonrisa encantadora y una voz dulce y cariñosa; era de bien proporcionado cuerpo, y su actitud, digna y sin altanería, agradaba sin dejar de imponer.

Es evidente que se complace en el placer de bien decir, y abandona sus deberes de rey para atender á la cultura de su inteligencia. A su regreso de Polonia, se dedica al estudio del latín, que había descuidado en su juventud; se hace leer y explicar por Corbinelli y por Del Bene, otro italiano, Tácito, Polibio y Maquiavelo, y encarga á Amyot un tratado de las reglas de la elocuencia real. Ningún otro Valois es más digno que él del título de protector de las letras y de las artes: católico ferviente, protege al ilustre cacharrero Bernardo de Palissy y al gran filólogo Enrique Estienne, ambos hugonotes; y no es un simple banquero de la república de las letras, sino que es un buen juez del valor de las obras. Subvenciona regimiento á Desportes, el cantor de sus amores, pero aprecia también las obras más vigorosas y más sanas de los escritores de la corte de Navarra, Du Bartas y D'Aubigné. A diferencia de Carlos IX, que tenía pretensiones de poeta, siéntese inclinado más bien á la filosofía, á la historia y á las ciencias y procura que á sus gustos se adapte la Academia fundada por su hermano que se ocupaba de poesía y de música, haciendo que en ella se traten, en su presencia, temas de filosofía moral, como «De las pasiones del alma y cuál es la más vehemente,» «De la alegría y de la tristeza,» «De la ira,» «De la ambición.» Los poetas como Ronsard, Desportes y Jamyn, se ejercitan en el arte nuevo para ellos de la dialéctica y el rey les hace contender uno con otro discutiendo el mismo tema y defendiendo sucesivamente la tesis y la antítesis. La Academia debatió extensamente si la preeminencia corresponde á las virtudes morales ó á las intelectuales. Enrique se propone volver á los tiempos de Cosme el Antiguo y de Lorenzo el Magnífico, reproducir en el gabinete del Louvre las pláticas de la villa Careggi y del palacio de los Médicis, dar á otro Landino la ocasión de escribir otros diálogos platónicos y de examinar nuevamente «cuál de las dos vidas es superior, la activa ó la contemplativa,» y en medio de estas discusiones interesantes olvida la ambición de su hermano, las intrigas de los Guisa, el furor de los partidos, su corona comprometida y su reino en peligro. Es un intelectual á quien repugna la acción.

También los placeres le distraían de los negocios. Había pasado su juventud entre las doncellas de honor de Catalina de Médicis, adulado y mimado por las ninfas del escuadrón volante. El embajador de España, Francés de Alava, en una memoria dirigida á Felipe II en 1570, lo representaba «rodeado siempre de mujeres; una le mira la mano, otra le acaricia las orejas, y así pasa una buena parte del tiempo.» Con este roce de todos los momentos su sensibilidad habíase sobreexcitado y se había afeminado por completo, pegándosele de sus compañeras la necesidad irresistible de la murmuración, las sensaciones vivas, la facilidad de las lágrimas, los sobresaltos y las acuidades y los delirios de la pasión. Sus amores son de gritos y de lágrimas.

Cuando joven había amado, entre otras muchas, pero